

## CAPÍTULO IX

1531-1535

Los indios de Campeche hostilizan también á los españoles.—Pasa el Adelantado á México en busca de refuerzos.—Emplea casi todos los que consigue en Tabasco.—Situación á que se ven reducidos sus compañeros en la Península.—La abandonan.—Misión evangélica en Champotón.—Obstáculos con que tropieza.—Reflexiones.

Francisco de Montejo y los pocos soldados que le quedaban recibieron con alborozo á sus antiguos compañeros de armas. Contáronse recíprocamente sus aventuras, y después de derramar algunas lágrimas á la memoria de innumerables camaradas que habían quedado sepultados bajo los bosques de la Península, resolvieron tentar todavía el último esfuerzo para no abandonar aquella empresa que tantos sacrificios les costaba. Los pocos elementos de que el Adelantado disponía en Campeche, le habían impedido hasta entonces practicar ninguna operación; pero ahora, con la incorporación de los antiguos colonos de Villarreal, sus fuerzas ascendían á un centenar de hombres. Es verdad que ésta no era mas que la cuarta parte del ejército con que tres años antes había desembarcado cerca de Cabo Catoche; pero era la bastante para practicar un reconocimiento en las inmediaciones en busca del único objeto que podía recompensar tantos padecimientos.

Hacia mucho tiempo que bullía en la imaginación de

Montejo el deseo de averiguar si las colinas que por tierra circundan á Campeche encerraban metales preciosos (1), y quizá su viaje á aquella región del país, después del abandono de Chichén, no había tenido otro objeto. La llegada del contador Ávila y del mineralogista Vázquez era una oportunidad que no debía perderse, y dispuso que ambos, acompañados de cincuenta hombres, salieran á reconocer el terreno.

Los aborígenes, que se habían abstenido de hostilizar á los españoles mientras se mantuvieron quietos en su campamento, luego que los vieron internarse en el país, empezaron á concebir algún recelo. Sabiendo después cuán pocos eran los que habían quedado en la costa, cayeron un día repentinamente sobre ellos, en un número que algunos hacen llegar hasta veinte mil. El Adelantado, que oyó el tumulto desde su alojamiento, se armó violentamente, montó á caballo, trepó una colina, ocupada ya por un escuadrón de enemigos, y comenzó á arengarlos, exhortándolos á que depusiesen las armas, puesto que los castellanos no les hacían daño alguno. Pero los indios, que no habían venido á escuchar arengas, sino á pelear, corrieron hacia él luego que le reconocieron, y le estrecharon de tal manera, que le fué imposible la retirada. Allí mismo hubiera terminado la carrera de Montejo, si los naturales no se hubiesen empeñado en cogerle vivo, con el deseo de ofrecerlo en holocausto á sus dioses. Sujetaron su caballo, le quitaron la lanza y le obligaron á desmontar. Pero en aquel momento un jinete español, llamado Blas González, se abrió paso entre las filas enemigas con el hierro de su lanza, y seguido de algunos compatriotas suyos llegó al grupo agresor, donde lograron salvar á su caudillo de la triste suerte á que había sido condenado. Malogrado este golpe, que indudablemente habría obligado desde entonces

(1) SIERRA, *Los indios de Yucatán*, capítulo I.

á los españoles á desistir de su empresa, los indios comenzaron á aflojar en el ataque, hasta que lo abandonaron completamente, alejándose en distintas direcciones.

Poco tiempo después de este incidente, Alonso de Avila volvió de su expedición. Había sido tan infructuosa como la de Bakhlal, y el más grande desaliento comenzó á cundir en la misera Colonia. La tierra había sido reconocida en distintas zonas, y en ninguna se había encontrado un solo indicio de metales preciosos. En cambio, los naturales eran quizá los más aguerridos y feroces del continente, y el ejército expedicionario, después de cuatro años de incesante lucha, estaba reducido ya á la cuarta parte de su fuerza y no poseía más terreno que el que ocupaba con sus armas.

Como si todo esto no fuese bastante para hacer naufragar la empresa de Montejo, llegó por aquella época hasta la aislada playa de Campeche la fama de las riquezas del Perú, en cuya conquista se hallaban empeñados entonces Francisco Pizarro y Diego de Almagro. La noticia pudo haber llegado un poco exagerada á tan remota distancia; pero, de cualquier modo que hubiese venido, debió producir en nuestros colonos la misma impresión que haría en un hombre condenado á morir de hambre la relación de un banquete. La conmoción fué general, y Montejo no tardó en notar con espanto que sus antiguos amigos comenzaban á abandonarle para ir en busca del vencedor de Atahualpa. La Historia no dice cómo se llevaban á cabo estas deserciones; pero como el campamento se hallaba en la costa, es de presumir que los desertores se escapasen en las mismas canoas de los indios ó en alguna nave española que de tarde en tarde debería arribar á la Colonia (2).

---

(2) El célebre defensor de los indios, Fr. Bartolomé de las Casas, de quien más tarde nos ocuparemos, pretende, en su *Historia de la destrucción de las Indias Occidentales*, que varias naves españolas arribaban por aquella época á

Por una de estas naves, ó quizá por alguna de las que había traído de España el Adelantado, pocos días después de su llegada á Campeche, había dado cuenta á la corte del mal éxito de su empresa. Aprovechó esta oportunidad para pedir socorros y solicitar que se aumentase á su gobierno la provincia de Honduras, alegando que con la gente que había en ésta y la que tenía en Yucatán podría pacificar ambas regiones. Cuando este documento llegó á Madrid, se tenían allí muy malas noticias del que lo suscribía. Hábiasele acusado de no haber traído á su expedición el número de religiosos que prevenían expresamente las disposiciones dictadas en 17 de noviembre de 1526, y la católica reina D.<sup>a</sup> Juana, que á la sazón gobernaba sola la monarquía por ausencia de su hijo, había dirigido una cédula á la Real Audiencia de México, ordenándole que averiguase si era verdadera esta falta, y que el expediente de la averiguación lo mandase cerrado y sellado á su soberana para disponer lo conveniente.

Esta cédula tenía la fecha de 22 de septiembre de 1530, y la solicitud de Montejo debió llegar á España á fines del mismo año ó principios del siguiente. La relación de sus servicios y de las privaciones á que había estado sujeto hicieron sin duda tal impresión en el ánimo de los consejeros de D.<sup>a</sup> Juana, que en 4 de abril de 1531 se despachó otra cédula á la misma Audiencia, en que la reina, después de manifestar su satisfacción por los servicios que Montejo había prestado á la Corona, ordenaba que se le prestasen los auxilios necesarios para llevar á cabo su empresa. No se le concedió la provincia de Honduras que había pedido, porque, aunque, según Herrera (3), había muy buena disposición en la corte para concederle este nuevo favor, im-

---

las costas de la Península á comprar efectos del país y esclavos que los conquistadores hacían en la guerra.

(3) COGOLLUDO, *Historia de Yucatán*, libro II, capítulo X.

pidiólo la circunstancia de haberse opuesto los agentes de Pedro de Alvarado, por hallarse comprendida aquella región entre los límites de Guatemala.

Luego que el Adelantado tuvo noticia de este despacho, resolvió pasar á la Nueva España, con el objeto de rehacerse de los elementos necesarios para proseguir su obra. Dejó á Alonso de Ávila en Campeche, con la gente que le había permanecido fiel, y él se embarcó acompañado de Gonzalo Nieto y de los individuos de su familia. Llegado al término de su viaje, vendió los bienes que allí poseía, como conquistador de México, y con el producto de esta venta y los auxilios que le prestó la Real Audiencia, compró armas, viveres y caballos, y equipó algunos soldados para dar la vuelta á Yucatán. Pero impidióselo por algún tiempo la pacificación de Tabasco, en cuya empresa se empeñó por aquella época, sea por haber recibido una orden especial para intentarla, ó por hallarse comprendida aquella provincia entre los límites de su gobierno. Con este motivo hubo necesidad de dividir aquellos elementos en dos partes, una que se quedó en Tabasco y otra que ingresó en Campeche.

Llegó este refuerzo á la trabajada Colonia el año 1532, y apenas fué suficiente para que Alonso de Ávila pudiese conservar aquel pedazo de tierra, único que poseía en la Península. Sus soldados seguían desertándose para buscar el camino del Perú, y ninguna incursión podía hacerse al interior del país. Vivían de la pesca y del maíz que arrebatában á los indios de las cercanías. Pero éstos, que no se dejaban arrancar impunemente su propiedad, herían ó mataban con frecuencia á los merodeadores. Como si esto no fuese todavía bastante, el clima comenzó á hacer grandes estragos en aquellos extranjeros, mal alojados y peor alimentados en una costa insalubre.

Entretanto Montejo luchaba con grandes dificultades en Tabasco. Había fundado á Santa María de la Victoria; pero

los naturales no se habían resignado á la ocupación, y luchaban con todas sus fuerzas para expulsar á los extranjeros de su territorio. Entonces el Adelantado, á quien el fracaso de Chichén Itzá debía hacer más cauto, comprendió que con sus pocos elementos no podía sujetar á la vez dos regiones tan extensas como Tabasco y Yucatán, y pensó en llamar en su ayuda á la gente que tenía en la Península. Vino con este objeto á Campeche el capitán Gonzalo Nieto; y Alonso de Ávila, que cada día se veía rodeado de mayores dificultades, celebró esta determinación, que le permitía volver á reunirse con su antiguo compañero de armas y participar de sus nuevos peligros (4).

Parece que la Colonia no fué por entonces abandonada del todo. El mismo Gonzalo Nieto (5) se quedó en ella con algunos amigos leales, sin otro objeto probablemente que el de hacer constar con aquella ocupación precaria que el Adelantado no renunciaba á su empresa. Pero muy pronto se vieron reducidos á la más angustiosa desesperación. Luego que se agotaron las provisiones traídas de Tabasco, se renovaron en mayor escala las calamidades con que antes había luchado Alonso de Ávila. Las enfermedades en-

(4) Es esta la última vez que el nombre de Alonso de Ávila suena en la Historia. ¿Qué se hizo de él? ¿Murió en la conquista de Tabasco? ¿Volvió á España ó á México á gozar de sus encomiendas? Vanos han sido nuestros esfuerzos para averiguarlo. BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, que con una prolijidad asombrosa da cuenta de casi todos sus compañeros de aventura, al llegar al valiente contador sólo dice que *ó en Yucatán ó en México murió*. Pero evidentemente no murió en la Península, porque consta que fué á reunirse con Montejo á Tabasco, y si hubiese venido á las expediciones posteriores, un nombre como el suyo no habría podido ocultarse, y la Historia lo hubiera consignado en sus páginas.

(5) Los sucesos acaecidos por esta época en la Península, están referidos en COGOLLUDO con alguna confusión. Unas veces Gonzalo Nieto aparece dando la vuelta á Tabasco con Ávila (libro III, capítulo I), y otras quedándose en Campeche hasta 1535 (libro II, capítulo X). Nosotros nos hemos decidido por el último extremo, y los sucesos referidos en el texto nos parecen rigurosamente históricos, como lo acreditan las probanzas de aquel capitán, citadas por el mismo COGOLLUDO.

démicas de la costa se cebaron en los nuevos colonos, y los que salían á proveerse de víveres en las inmediaciones volvían casi siempre cubiertos de heridas. La estrella de la conquista se oscurecía cada vez más en la Península, y llegó un día en que sólo quedaron cinco hombres sanos para velar por los heridos y los enfermos. La desesperación de los castellanos llegó á su colmo, y al principiar el año 1535 todos gritaron á voz en cuello que era preciso abandonar á Campeche. Inútiles fueron todos los esfuerzos que Gonzalo Nieto hizo para detenerlos. Los amotinados se embarcaron en su presencia, y entonces el capitán, que era á la vez alcalde de la Colonia, se paró en la orilla del mar, protestó contra aquel desamparo forzoso, para que en ningún tiempo pudiese perjudicar á los derechos de su general, y fué el postrero que puso el pie en la lancha de los fugitivos.

Tal fué el desastroso fin de la primera expedición europea que intentó sujetar á la Corona de España el país de los mayas. La lucha fué terrible, sangrienta. En ningún campo hubo nunca perdón para el vencido. Si los invasores cometieron crueldades, las represalias de los indios fueron cruentas. El desgraciado español que caía vivo en sus manos, si no era inmolado inmediatamente en el campo de batalla, era sacrificado después en el altar de los dioses. Las pérdidas fueron proporcionadas á la impetuosidad y al carácter de los combatientes. Si Montejo perdió casi todos los soldados con que inició la lucha, los cadáveres de sus contrarios quedaban regados á millares por el campo, después de cada combate.

Pero no fué ésta la última desgracia que entonces experimentaron los indios. Después de la salida de los españoles sobrevino una de esas sequías que son tan frecuentes en la Península; y como con la guerra se había consumido todo el maíz de los silos, se declaró un hambre cruel, que mató una parte considerable de la población. No terminaron

aquí las calamidades públicas; porque en los años siguientes, nubes de langostas se arrojaron sobre las sementeras y las devoraron (6). El hambre volvió á presentarse con todos sus horrores; los indios se alimentaban con raíces y frutas silvestres, y los que no podían alcanzar ni el alimento que la Naturaleza ha proporcionado á los brutos, caían muertos de inanición en los caminos y en las plazas públicas. Había sonado la última hora del Imperio maya en el reloj del Destino; y esa ley misteriosa que obliga á los pueblos á dar un paso en el sendero del progreso á cada evolución de la Humanidad, allanaba á los españoles el camino que muy pronto debían volver á recorrer para sujetar la Península.

Pero antes de engolfarnos en el relato de esta segunda expedición, reclama nuestra atención un incidente que no carece de originalidad, y que más tarde influyó poderosamente en los disturbios de la Colonia.

Se recordará que en 22 de septiembre de 1530 se pidió á la Real Audiencia de México que informase sobre el número y clase de sacerdotes que Montejo hubiese traído á Yucatán para instruir á los indios en el Cristianismo. Ignoramos lo que aquel tribunal informó y si la corte tomó ó no algún acuerdo en el asunto. Pero es indudable que la falta que cometió el Adelantado, no trayendo en su compañía el número de religiosos que prevenía la capitulación, provocó la idea de intentar un nuevo género de conquista, muy conforme con las ideas filantrópicas que defendía entonces con tanto calor el venerable Las Casas. Una de estas ideas era la de convertir las conquistas en misiones, para hacer cesar el derramamiento de sangre que estaba convirtiendo la América en un vasto cementerio. Si el objeto de la dominación española, decía el ilustre protector de los

---

(6) LANDA, *Relación de las cosas de Yucatán*, § XIV.

indios, es la introducción del Evangelio entre los gentiles, no mandéis al Nuevo Mundo soldados que lo desacrediten, sino sacerdotes que lo enseñen.

Don Antonio de Mendoza, que por aquella época gobernaba ya á la Nueva España con el título de virrey, creyó que Yucatán era un teatro adecuado para hacer la prueba, y de motu proprio, ó excitado por la corte, dispuso que cinco frailes de la Orden de San Francisco viniesen á la Península con este objeto. Tomóse esta determinación cuando ya ningún español existía en ella, y para que el elemento religioso pudiese obrar con sólo su poder, los misioneros recibieron la autorización de garantizar á los mayas que ningún soldado extranjero volvería á pisar su territorio. Fr. Jacobo de Testera y Fr. Lorenzo de Bienvenida son los únicos nombres que la Historia nos ha conservado de los cinco enviados de Mendoza. Parece que la elección del virrey no pudo ser más acertada. Cogolludo hace un elogio caluroso del P. Testera, que era el presidente de la misión, y asegura que estaba poseído de un celo ardiente para atraerse á los gentiles al Cristianismo. Sus colaboradores estaban dotados de las mismas cualidades, y sin más compañía que algunos indios mexicanos, que poco tiempo antes habían recibido el bautismo, emprendieron intrépidos el camino de la Península.

Si se considera la reputación de que entonces debían disfrutar los mayas, que acababan de expulsar de su suelo á los españoles; si se fija la atención en que estos conquistadores de nuevo género no llevaban más armas que su palabra ni más escolta que unos cuantos americanos, cuya adhesión debía por lo menos ser sospechosa, no puede menos que excitar nuestra admiración el valor con que acometieron esta empresa, sin detenerse á calcular las dificultades y riesgos que podían sobrevenir. Era aquella la época en que la Iglesia española producía más héroes que el ejército, y la Humanidad y la Civilización tuvieron

la fortuna de que los Testeras y Bienvenidas se hubiesen multiplicado en el Nuevo Mundo.

El 18 de marzo de 1535, la nave que conducía á los misioneros echó sus anclas frente á Champotón, en cuyo punto determinaron desembarcar para dar principio á sus tareas. Los mexicanos precedieron á los Padres, y llevados á la presencia del cacique, expusieron el objeto de su embajada. Dijeron que cinco españoles solicitaban permiso para predicar su religión en la tierra; que no eran soldados, sino simples sacerdotes, y que ningún arma traían consigo. Se dice que el cacique consultó el asunto con los principales de su corte y sus vecinos, y admirados todos de que pidiesen licencia para entrar en el país aquellos osados extranjeros que se habían abierto siempre paso con las armas en la mano, se apresuraron á concedérsela. Desembarcaron los cinco religiosos, y para captarse desde luego las simpatías de los indios, esparcieron la voz de que ningún soldado español pisaría aquella comarca, si escuchaban dóciles su doctrina.

Desde este momento, si se ha de creer á Las Casas (7) y á Cogolludo (8), Yucatán fué el teatro de escenas portentosas, ante las cuales palidecen los más grandes milagros del Cristianismo. El éxito de los misioneros fué tan extraordinario, que á los cuarenta días de predicación, los indios mismos les trajeron á sus ídolos y contemplaron impasibles que los quemasen. Después de esto les llevaron á sus hijos para que los sirviesen y fuesen educados en el Cristianismo, y luego les construyeron templos y casas para que habitasen. Pero no se detuvo aquí el entusiasmo de los habitantes de Champotón; doce ó quince caciques de aquella comarca, con el beneplácito de sus pueblos, consultado en

(7) *Breve relación de la destrucción de las Indias Occidentales*, artículo Yucatán.

(8) *Historia de Yucatán*, libro II, capítulo XII.

asambleas populares, reconocieron *de motu proprio* el señorío de los reyes de Castilla, y vinieron á poner en manos de los religiosos las actas que se levantaron con este motivo.

Como se ve, el pensamiento de Las Casas, puesto en ejecución por Mendoza, caminaba viento en popa y amenazaba confundir á sus detractores con un éxito tan prodigioso. Pero entonces ocurrió un suceso, del cual declara autor el piadoso Cogolludo al príncipe de las tinieblas.

Dieciocho soldados españoles de á caballo y doce de á pie entraron al país por la frontera de Tabasco, trayendo por único patrimonio un gran cargamento de ídolos, robados probablemente en las provincias vecinas. Convocaron á los caciques de la tierra, y ponderando la gran virtud de aquellos dioses, que viajaban entre su equipaje, dijeron que estaban de venta á razón de ídolo por esclavo. Amenazaron con la guerra si no despachaban pronto su mercancía, y los indios aterrizados se pusieron á comprar, dando dos hijos el que tenía tres y uno el que sólo tenía dos.

Alteróse con este motivo toda la tierra, y los neófitos corrieron indignados á presentar sus quejas á los franciscanos.—Nos habéis garantizado—dijeron—que no volverían á entrar españoles en el país, y no solamente han vuelto, sino que nos obligan á comprar, al precio de nuestros hijos, ídolos iguales á los que nos habéis quemado.—Los benditos religiosos, comprendiendo que este argumento era incontestable, buscaron á sus desalmados compatriotas y los conjuraron á que abandonasen la Península, en nombre de la religión que unos y otros profesaban. Pero aquellos mercaderes de ídolos, no solamente se negaron á acceder á este deseo, sino que hicieron entender á los indios que los misioneros tenían parte en la negociación.

Entonces ya fué imposible á éstos contener la indignación popular, próxima á estallar sobre sus cabezas. Supieron un

día que se intentaba asesinarlos, y no sintiéndose con valor para aspirar al martirio, apelaron á la fuga durante la noche. Parece que los neófitos, comprendiendo luego cuán injusto era su resentimiento, corrieron cincuenta leguas para hacerlos volver. Los frailes accedieron á sus súplicas; pero viendo que aquella diabólica treintena no abandonaba á Champotón, y adivinando que sus crímenes, que cada día eran más atroces, tarde ó temprano volverían á sublevar el rebaño contra sus pastores, metiéronse otra vez en sus naves y regresaron á la Nueva España.

Tal es el relato que de estos sucesos hacen, no solamente los dos historiadores ya referidos, sino otros citados por Cogolludo, como Torquemada y el bachiller Valencia. Pero suponemos que el juicio del lector nos ha precedido ya en las reflexiones que sugiere su simple lectura.

Si se fija la atención en que el P. Testera y sus compañeros no conocían el idioma de los mayas ni traían consigo ningún intérprete, naturalmente surge en el ánimo la duda de que en solos cuarenta días hayan podido adquirir sobre ellos el ascendiente que se pretende. Si á esta consideración se añade la de que ningún sentimiento se arraiga más profundamente en el corazón humano que el apego á una religión profesada de padres á hijos por centenares de años, la duda adquiere mayor consistencia y el sentido común vacila en aceptar como históricas todas las victorias atribuidas á los cinco religiosos (9).

Los treinta españoles que entran luego en la escena con su cargamento de ídolos, para dar al traste con la misión, son, evidentemente, parto de la imaginación franciscana. ¡Cómo! Los habitantes de la *Bahía de la Mala pelea*, que hicieron pedazos á los cien compañeros de Francisco Hernández de Córdova, que un año después lucharon valerosamente contra Juan de Grijalva y que más tarde debían lu-

(9) COGOLLUDO dice que obró la gracia divina.

char todavía contra la segunda expedición de Montejo, ¿se cruzaron ahora de brazos ante treinta aventureros y se amilanaron hasta el extremo de entregarles á sus hijos para ser reducidos á la servidumbre? (10).

Pero no es esta la única razón que acusa la inverosimilitud del hecho, tal al menos como se le presenta. Las Casas, que fué, en nuestro concepto, el primero que lo dió á la estampa, en su historia de la destrucción de las Indias, lo aceptó sin ningún examen, porque sus filantrópicos hechos en favor de los americanos lo llevaban á consignar todos los horrores que se contaban de los conquistadores. ¿Quién se lo refirió á Las Casas? Lo ignoramos. Pero es indudable que los franciscanos se apoderaron luego de él, para hacer valer sus derechos como pacificadores de Yucatán y reclamar en virtud de ellos ciertas prerrogativas.

Hay otra circunstancia, sobre la cual algunos críticos (11) han llamado con mucha justicia la atención. Si fray Jacobo de Testera y sus cuatro compañeros hubieran logrado el sometimiento de la Península, esto habría perjudicado, indudablemente, á los derechos que D. Francisco de Montejo había adquirido en la capitulación, y por los cuales había sacrificado toda su fortuna. Los franciscanos, que sabían esto muy bien, ¿no habrán inventado, ó exagerado cuando menos, las hazañas de los treinta aventureros, para explicar el mal éxito de la misión de sus hermanos? Que hubo intención de zaherir á los conquistadores de Yucatán, lo prueba el hecho de asegurarse que la entrada de aquéllos se verificó por la frontera de Tabasco, provincia en que no había más españoles en 1535 que los soldados de

---

(10) COGOLLUDO también se hace cargo de esta objeción; pero salva la dificultad diciendo que acaso los pecados de los champotoneros eran tan grandes, que aun no se habían hecho dignos de ser convertidos al Evangelio.

(11) DON JUSTO SIERRA, *Los indios de Yucatán*, capítulo II, y aun el mismo COGOLLUDO, libro II, capítulo XIII.

Montejo. Pruébalo también el hecho de que Cogolludo se afane por apartar de la frente de éstos la mancha de tan feo crimen, diciendo que la treintena se componía de facinerosos escapados de la Nueva España, donde muchos compañeros suyos habían sido ahorcados por el virrey.

Hemos reservado para lo último la mejor prueba que, en nuestro concepto, puede aducirse en apoyo de lo que venimos diciendo. El franciscano Landa, que es un apolo-gista constante de su Orden y un detractor, algunas veces exagerado, de los conquistadores, no dice una palabra de esta aventura al hablar de la predicación de su hermano Testera, á la cual no asigna, por cierto, época ni lugar (12).

Sea lo que fuere de la misión de Potonchán y de las dificultades que encontró, nosotros hemos cumplido con nuestro deber de historiadores al consignarlas en nuestro libro con las reflexiones á que se prestan. En vista de unas y otras, el lector emitirá su juicio, que será, como siempre, más acertado que el nuestro.

---

(12) *Relación de las cosas de Yucatán*, § XVII.—He aquí todo lo que dice sobre el particular: «Que Fr. Jacobo de Testera, franciscano, passo á Yucatan y comenzo de doctrinar á los hijos de los indios, y que los soldados españoles se quisieron servir de los mozos tanto que no les quedaba tiempo para aprender la doctrina, y que por otra parte disgustaron á los frayles quando los reprehendian de lo que hazian mal contra los indios, y que por esto Fr. Jacobo se torno á Mexico, donde murio.»